

VIAJE A CANADÁ

Estimados lectores: en la primavera del año 2022 después de muchos meses de pandemia encerrado en mi casa, concluí que tenía que tomar un poco de aire fresco. Viajar a un país donde hubiera mucho de esto y a la vez poca gente, Llené la mochila con lo escuetamente imprescindible y me fui al Canadá. Esta tierra de bosques y lagos ha sido muy importante en mi vida porque pasé gran parte de mi infancia allí, incluso hubo una época que yo me sentía más canadiense que español. Son muchos los que dicen que tu patria es donde discurre tu infancia, y bien cierto es: viviendo en el extranjero durante 10 años puedes hacer que tus hijos pierdan su lengua y su cultura y se vuelvan unos guiris totales, incapaces de adaptarse al país de sus padres.

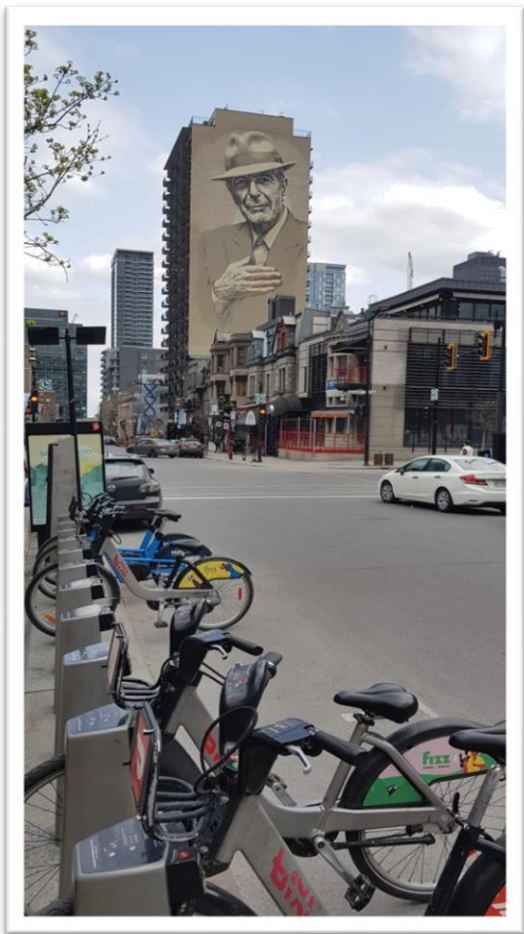
Eso casi me pasó a mí a los 15 años cuando regresé a España. Tuve que olvidarme de la nieve, el hockey, el *baseball*, la crema de cacahuete, los *pancakes* y las alubias con sirope y empezar a comer cocido montañés. A lo largo de mi vida he viajado varias veces a los Estados Unidos pero el Canadá lo tenía olvidado, era un lugar en mi lejana memoria, entre sueño y fantasía, parecido a las películas de *La Guerra de las Galaxias*.

Decidí visitar primero a Montreal porque quería pasearme por sus calles, allí donde transcurrió mi niñez, reviviendo esa época mágica que es la infancia. Estuve en esta ciudad más de un mes porque quería saturarme de su paisaje y paisanaje. Además necesitaba comprobar qué porcentaje de mi persona seguía siendo Canadiense y a la vez *Québécois*. Hay que tener en cuenta que en Canadá hay varios tipos de clasificaciones o grupos sociales. Están las tribus autóctonas, que reivindican sus tierras y su cultura destruida por los colonizadores; los anglos, que se consideran Canadienses de pura cepa, descendientes del real imperio británico llevando la banderita roja y blanca por todas partes (gorras, camisetas...) Luego están los *Québécois* que hablan un francés con acento del "Far West" y llevan en la ropa la bandera con la flor de lis francesa, estos están siempre discutiendo si se separan del Canadá pero nunca se ponen de acuerdo. Por último están los inmigrantes que vienen a trabajar a un país lleno de oportunidades y a la vez intentando en-

tender cómo piensa un Canadiense, que es muy similar a un *Yankee* excepto que no lleva un revolver en la guantera del coche.

Después de haber recibido todas las vacunas *Covid* y haber presentado los certificados a las autoridades canadienses, tomé un vuelo chárter a Montreal el 17 de abril. Yo pensé que con el cambio climático la temperatura canadiense estaría un poco más cálida de lo que yo recordaba pero no fue así, los árboles seguían en estado de hibernación y todo el mundo parecía estar igual de triste que la naturaleza. Para colmo de males al segundo día cayó una nevada de 40 cm. No cabía la menor duda había vuelto al Canadá, el país que se pasa seis meses bajo la nieve. Por ese motivo Canadá solo tiene 38 millones de habitantes, mucho menos que cualquier país europeo.

El viaje en avión transcurrió sin incidentes llegando a Montreal a su hora. Pero ya en el aeropuerto noté que el mundo había cambiado. Tal cual un rebaño de ovejas, todos los pasajeros iban siguiendo las flechas por los pasillos del aeropuerto hacia el control de pasaportes, yo buscaba ver qué aspecto tenían los policías y controladores de aduanas para practicar mi oxidado acento *québécois*, pero no había ninguno. Solamente una gran sala con 50 máquinas que te hablaban y debías responder apretando las teclas de la pantalla. La maldita máquina me hizo un escaneo del pasaporte, de mis ojos y me dijo: *Bienvenue au Canada*. Solamente al final de otro gran pasillo, ante la entrada de la sala de equipajes, me encontré a un policía de origen africano que me dio la bienvenida en francés con acento de su país. De inmediato al salir del aeropuerto pude constatar que Montreal se había vuelto igual de cosmopolita y multicultural que Londres o París.



Centro de Montreal

las ventanas. Desde que ganó las elecciones el actual presidente Justine Trudeau, la marihuana es legal en este país y puedes encontrar muchas tiendas de cannabis en la ciudad.

El aroma en ciertos barrios es bastante característico, haciendo competencia tanto a las barbacoas sociales como a la comida china.

Hace unos años cuando viajabas a otro país lo que enseguida te llamaba la atención eran los vehículos. Después de estos 45 años de ausencia pude observar que los coches habían cambiado, ya no había los grandes modelos Ford o Chevrolet que yo recordaba, ahora eran todos de marcas japonesas, coreanas, suecas, con algún que otro bolido BMW, Porsche o Tesla circulando por allí. Sí lectores, viajar a América ya es tan monocromático y aburrido como visitar cualquier lugar de Europa, todo el mundo viste la misma ropa y conduce la misma gama de coche.

Montreal es una ciudad situada en una isla en el río San Lorenzo, y en medio de esta urbe hay una montaña llamada el Mont-Royal y en la cima hay una gran cruz. ¿Por qué este símbolo religioso en Norte América? Porque los *québécois* tenían fama de muy católicos, la ciudad está llena de iglesias, conventos, monasterios, hospitales, colegios religiosos que en estos tiempos están vacíos. Nueva Francia en los siglos XVI, XVIII y XIX quiso ser más papista que el Papa.

Ahora Montreal se considera una de las ciudades más tolerantes del mundo, hay gentes de todas las religiones, donde cada uno puede vestir y comportarse como quiera dentro de un orden, sin llegar a molestar al prójimo. Hay barrios enteros con la bandera del arco iris colgando de



A principio del siglo XX hasta los años 60 Montreal llegó a ser la ciudad más rica y el motor económico del país, incluso llegó a organizar los juegos olímpicos de 1976, construyendo un estadio olímpico innovador en su época. Sin embargo este evento deportivo llevó a la ciudad a la bancarrota financiera, unido esto a los cambios políticos debidos al creciente sentimiento independentista de los *québécois* francófonos dio lugar a una crisis económica. Montreal perdió su hegemonía ante la creciente y dinámica ciudad de Toronto. Actualmente Montreal reconoce haber perdido su importancia económica, pero no se rinde y los *québécois* dicen: "Si ya no somos los más ricos del país seremos los más divertidos y enrollados". Montreal es una de las ciudades de Norteamérica con mayor número de universitarios, todos los jóvenes canadienses quieren estudiar aquí y paseando por sus calles uno se encuentra a jóvenes yendo hacia todos lados; unos andando, otros corriendo y la mayoría en bicicleta. Esta ciudad se ha convertido en la ciudad de las bicicletas. Hay 800 kilómetros de carril bici, cada 300 metros hay una estación de aparcamiento de bicicletas. Son bicicletas municipales que puedes usar cada 45 minutos y prácticamente gratis. Es el paraíso de los ciclistas y el infierno de los conductores con prisa. Los automovilistas se vuelven locos ya que las bicis te adelantan por todas partes y siempre tienen preferencia.

Así que a las pocas semanas de llegar, cuando la primavera por fin comenzaba a dejarse sentir, me hice socio del servicio municipal de bicicletas y comencé a darle pedales por toda la ciudad como un estudiante novato, recorriendo sus calles más animadas. Tras la pandemia, al igual que en Europa, habían aumentado el número de terrazas de los restaurantes y bares, sobre todo en avenidas tan concurridas como Rue Saint-Denis o el boulevard Saint-Laurent. Además, pasear por los barrios residenciales siempre es agradable, todas las calles siguen un mismo patrón urbano: son edificios de tres alturas, con un jardín delante y otro detrás. Cada piso es una vivienda con su escalera individual que llega a la acera. En todas las calles crecen árboles centenarios y en verano los moradores compiten por demostrar quien tiene las flores más bonitas. Por la noche el ambiente es más sobrecogedor porque hay muy pocas farolas si comparamos con España. Parece que estás metido en un denso bosque más que en el centro de una ciudad.



Montreal. Vista general.

Tuve ocasión de reencontrarme con esta gran urbe; sus calles, sus parques, sus museos e incluso localicé a un viejo amigo de mi barrio. Se llama José Ramón y su familia es originaria de Cantabria. Llegaron a Montreal en los años 60, al igual que nosotros. Un amigo español que también había vivido en Montreal me dio su número de teléfono ya que José Ramón había aparecido de repente en su página de Facebook de una forma totalmente accidental.

Quedamos en un café “Starbucks” para tomar algo. Aquí en este país la gente suele juntarse en un “MacDonald” o un “Tim Hortons” para beber una porquería de café con un donut con sabor a canela. Estos sitios siempre están llenos de viejos aburridos leyendo el periódico o mirando por la ventana, a la espera de que llegue la hora para comer.

Después de 45 años me preguntaba cómo iba a reconocer a mi amigo entre tanto canadiense, antes de nuestro encuentro le informé: “Oye José Ramón, yo llevaré una gorra roja” y él me contestó en un español macarrónico con acento mexicano. “No te preocupes *homebre*, yo *estarré* en una *troca* Ford que tiene una *banderra* de España colgando del *mirror*”. Y así fue, cuando bajó del vehículo pude reconocer ciertos rasgos de su fisionomía y la voz era la misma. La última vez que lo vi yo tenía 15 años, él era dos años mayor y siempre me pareció más grande y más garboso que yo...ahora era abuelo y tenía varios nietos, salió de la camioneta cojeando.

Le pregunté el motivo de su cojera y me respondió. “Tu recuerdas como solíamos hacer locuras de chavales patinando, esquiando en invierno y con las bicicletas chopper en verano. Pues de mayor hice lo mismo con los Ford Mustangs, las motocicletas y los *ski-doo*s de nieve. Hace varios años tuve un accidente en un *ski-doo*, choqué con un tronco a 100 kilómetros por hora, salí volando estampándome contra un árbol, así que tengo la columna vertebral como un signo de interrogación. La velocidad no es una buena afición ni siquiera con nieve. Para colmo de males hace 3 años, antes de la pandemia, sufrí un infarto”. Mi amigo José Ramón mantenía el mismo sentido del humor y la alegría de hace 50 años. “¿Y tú cómo estás?” Le respondí, “Bien gracias, yo pasé de las bicicletas a los veleros y por suerte no he tenido ningún accidente grave por ahora.”

José Ramón continuó contándome su vida: “A mí no me gustaban mucho los libros así que me dediqué a la mecánica, electricidad y fontanería. Hace 30 años entré a trabajar en el FOUR SEASONS HOTEL en el centro de la ciudad y llegué a ser jefe de mantenimiento de dicho edificio. Aparte de ser un buen trabajo me relacioné con buenos tipos, aquí se hospedaban muchos actores de cine, llegué a conocer a Pierce Brosnan (James Bond), Claude Van Dam, Michael Ja-

ckson y Céline Dion, que celebró su boda en uno de nuestros salones. Marlon Brando siempre preguntaba por mí cuando venía al hotel, le gustaba practicar su español conmigo y le encantaba todo lo relacionado con España.

“Ya sabes que nosotros en el barrio íbamos a una escuela inglesa y siempre hablábamos en este idioma, sin embargo, yo me casé con una *québécoise* y hora ya casi no hablo inglés. Tengo dos hijos y tres nietos, en casa el francés es la lengua predominante, mis hijos entienden el español pero no lo hablan. Así es la vida amigo.”

Tanto la familia de José Ramón como la mía fuimos vecinos en Montreal. En los años 60, al igual que muchos españoles, nuestros padres tuvieron el deseo de ir al Canadá. En aquella época Australia y Canadá eran dos países nuevos donde todo era posible. Muchos soñadores del sur de Europa hacían las maletas y compraban un billete de avión. Nuestra aventura familiar en el Canadá duro 12 años y llegado el momento, regresamos a España. La familia de José Ramón se instaló en Montreal y no volvió nunca más a Cantabria. Aún mantienen nuestro idioma y se escriben con el resto de su familia en España pero su espíritu ya es puramente canadiense.

Los lectores se preguntarán, este Fletcher, que ya no viaja en un velero, tampoco vive en un barco ahora se desplaza en avión, transporte público y bicicleta, ¿pero dónde duerme? Decidí alojarme de la forma más sencilla y ruidosa que existe y que siempre te devuelve a la mocedad: en casas particulares y en albergues de juventud.

Así pues en Montreal me alquilé una habitación para estudiantes en un barrio tranquilo; compartía dicha vivienda con la dueña de la casa que tenía 70 años y no se quería jubilar, tres universitarias francesas y un gato. La relación fue cordial ya que cada uno hacía su vida en la calle y nadie cocinaba. Lo único poco gratificante era que tales residentes debían de tener problemas con la vista, ya que nunca percibían los pelos del gato ni la suciedad. Salvo este pequeño inconveniente y con la ayuda de una buena escoba logré estar muy a gusto en ese alojamiento.

Todas las mañanas me despertaba con los pájaros y las ardillas en el jardín. Y por fin, a mediados de mayo, finalmente llegó la primavera al Canadá, y cuando llega es a una velocidad pasmosa y a la vez exuberante. Todos los árboles y jardines se tiñen de colores espectaculares y la gente parece despertar de un prolongado letargo.

Después de 45 años sin aparecer por esta ciudad, con la excepción de mi amigo José Ramón, ya no conocía a nadie, así que decidí hacer lo que hacen todos los jóvenes cuando llegan a una nueva ciudad: buscar amigos por internet. Me apunté a un grupo de senderismo y varios grupos para practicar idiomas: inglés, francés y español. En esta ciudad mucha gente se comunica en inglés o francés, pero el bilingüismo total no existe. Hay francófonos que hablan mal el inglés y anglófonos que hablan mal el francés. Y todos quieren aprender español para irse de vacaciones a Cancún. En estos grupos me encontré con gente nativa de todos los países: hispano-americanos, surafricanos, magrebíes, hindúes y orientales. Los que más me llamaron la atención fueron los chinos, por su habilidad natural para asimilar otras lenguas. Había uno llamado “Jerry” que había aprendido español viendo videos en Youtube imponiendo un fuerte acento argentino. La mayoría de estos jóvenes usaban gafas gruesas y trabajaban en el mundo de la informática. Después de estas actividades que normalmente se desarrollaban en diferentes parques de la ciudad, con una duración entre dos y tres horas, desaparecía todo el mundo quedando solamente el grupo de los latinos que salía corriendo a beber una cerveza en el bar más cercano. Ya la lengua oficial durante *bebercio* se convertía automáticamente en el español, y los temas de conversación se centraban en comparar nuestras alegres culturas hispanas con la aburrida vida canadiense.

El primero de junio, ya instalada la primavera, decidí que llevaba mucho tiempo con los *québécois* hablando francés y debía iniciar el camino hacia el oeste. Me subí a un tren que me transportó a

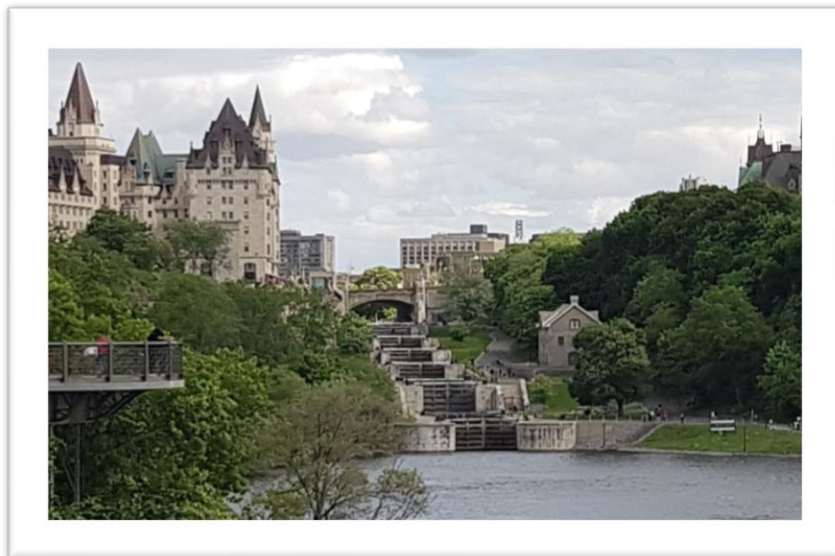
Ottawa, a unos 180 kilómetros. Esta capital está más o menos a media distancia entre Montreal y Toronto, evitando así disputas entre las dos ciudades. Ottawa es una ciudad pequeña y tranquila, sede del Parlamento, residencia de la gobernadora general, embajadas, museos y demás instituciones federales. Tiene grandes parques, anchas avenidas, una zona con muchas terrazas y restaurantes, todo bien preparado para los turistas.

Está situada a la orilla del río Ottawa, tributario del San Lorenzo, cerca de Montreal, siendo posible navegar entre ambas ciudades con barcos de poco calado. También es posible navegar desde Ottawa hasta Toronto por el Canal Rideau que tiene 202 kilómetros de largo con 45 esclusas, subiendo 83 metros, para luego bajar 50 m. hasta llegar al lago Ontario donde se encuentra Toronto.

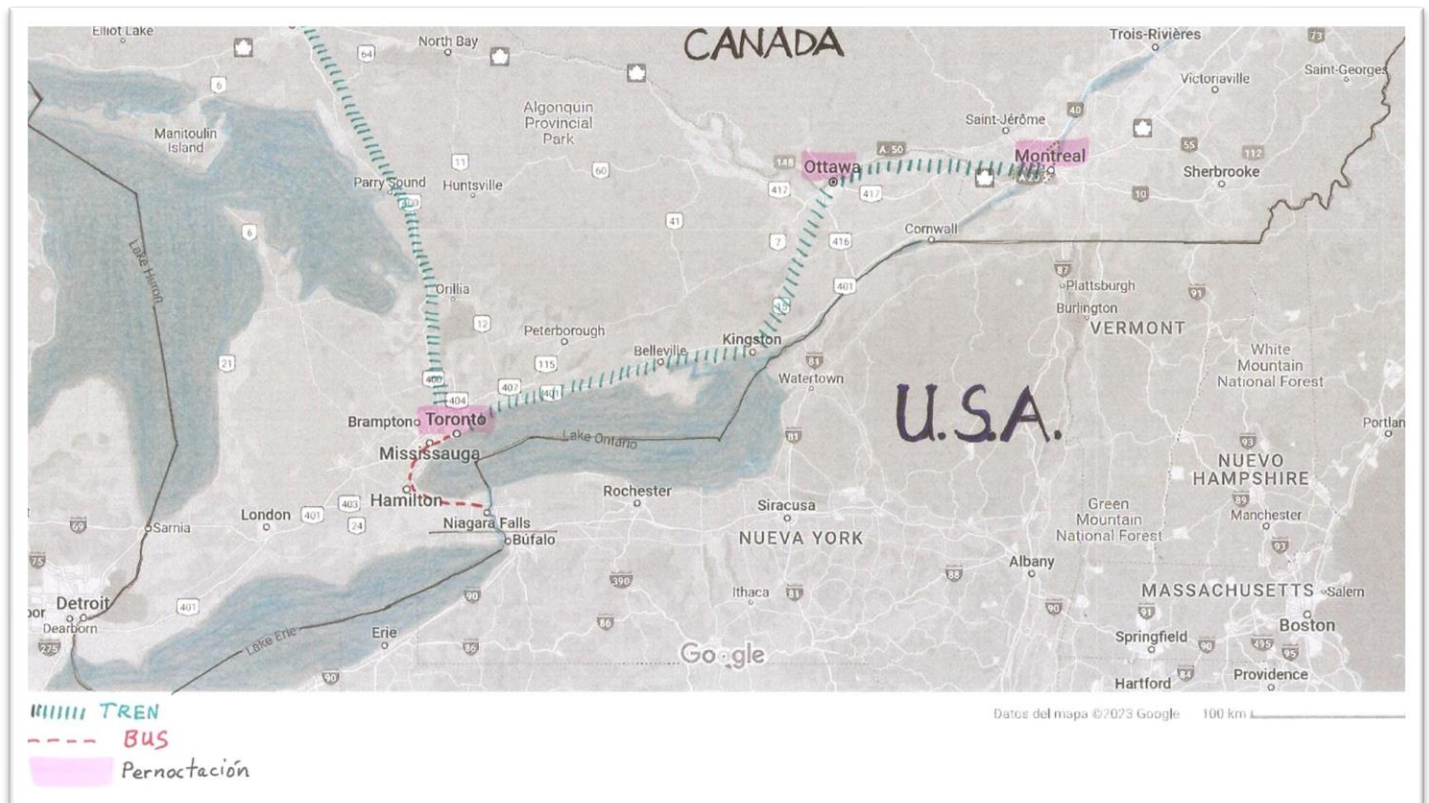


Esclusas del canal Rideau junto al Parlamento de Ottawa

Este canal fue muy importante comercialmente durante el siglo XIX y principios del XX, siendo actualmente utilizado por embarcaciones de placer y declarado Patrimonio Mundial de la Unesco en el año 2007.



Después de visitar la capital del país tome un tren a Toronto, a una distancia de 450 km. tardando casi 5 horas. Lo bueno de viajar en tren es que las estaciones están en el centro de la ciudad y desde allí puede ir andando hasta mi albergue que se encontraba en una calle céntrica. Lo que más impresiona al viajero cuando llega a esta ciudad son sus grandes rascacielos de cristal, y por encima de ellos, su imponente torre. La CN Tower es la más alta de América y la vista desde arriba es espectacular.



Ruta Montreal–Ottawa–Toronto



Desde la plataforma superior se puede ver a kilómetros de la ciudad y el lago Ontario pero dicho lago es tan grande que no se llega a ver la orilla de los Estados Unidos. El centro de la ciudad está a la orilla del lago y justo a pocos kilómetros de su ribera hay una isla que se llama Toronto Island, toda ella es un gran parque temático, con varias playas, clubes náuticos y tranquilos restaurantes, un lugar donde pasar el fin de semana alejado de la bulliciosa ciudad.

Lo más interesante de la región son sin lugar a dudas las cataratas de Niagara que se encuentran a 130 kilómetros al sur de la gran urbe. Tomé un autobús a primera hora de la mañana que me condujo, siguiendo la ribera del Ontario, hasta las famosas cataratas. Estas son espectaculares no solamente por su altura de 52 metros, sino por el ruido del agua y la cantidad que baja por este gran cauce llamado río Niágara, que une el Lago Erie con el Ontario.

Toronto, la ciudad de los rascacielos

Lo más llamativo es que los barcos mercantes suben y bajan esta altura de 52 metros gracias a estar unidos por el Canal de Welland que tiene 8 esclusas, llegando a tardar un mercante 11 horas en atravesar sus 43 kilómetros.



Ruta hasta Niagara Falls



Cataratas del Niágara

A la orilla de las cataratas hay dos monumentos dignos de mencionar, el primero es el de Nikola Tesla, el gran inventor del motor eléctrico de Corriente Alterna. Tesla diseñó la primera central hidro-eléctrica productora de corriente alterna en Niagara en 1896, iluminando por primera vez en la historia una gran ciudad como Buffalo, en el estado de Nueva York. Otro monumento de un gran ingeniero un poco olvidado se encuentra escondido al final de las cataratas, es un español: Leonardo Torres Quevedo. Este erudito paisano de Cantabria construyó en 1916 un teleférico que une las dos orillas del río Niagara. En la actualidad este invento se llama el "Spanish Aerocar" y funciona a la perfección con capacidad para transportar a 35 personas por encima de las bravas aguas del río.



Nikola Tesla

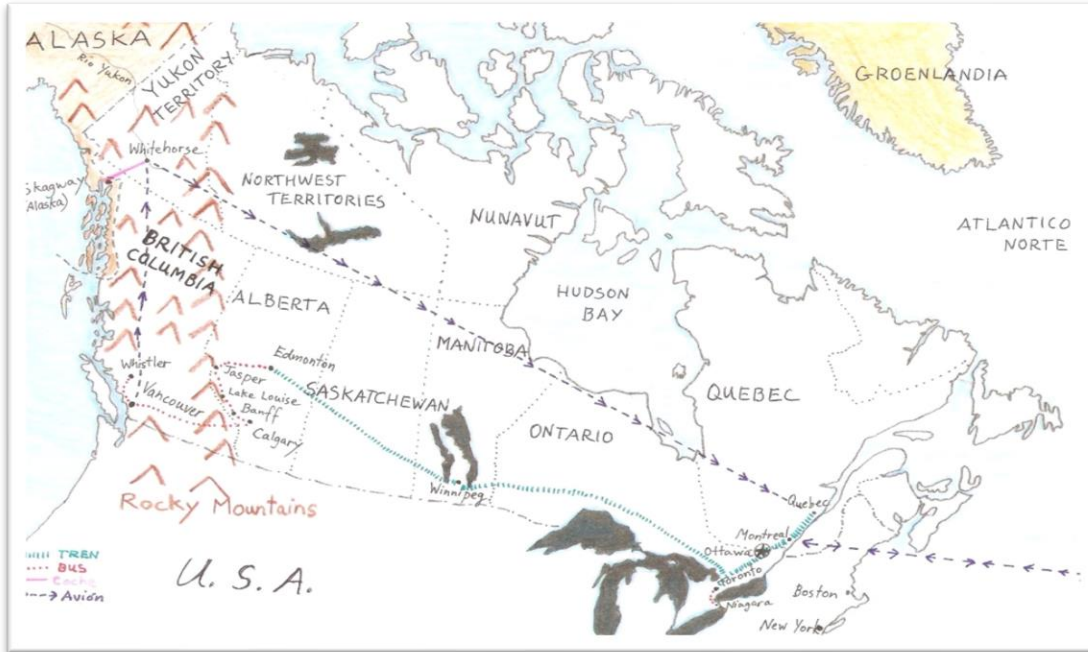


Transbordador Torres Quevedo

Los Canadienses, al igual que sus vecinos del sur, son grandes amantes del baseball, football americano y baloncesto pero el que se lleva la palma y despierta auténtica pasión es el hockey sobre hielo. Porque no en vano se pasan seis meses bajo cero y rodeados de nieve. Cuando eres un niño lo primero que te regalan son unos patines de hielo y un palo de hockey. En todos los parques de los barrios hay pistas de hielo y qué mejor excusa para librarse de los niños cuando ya no los aguantas en casa durante las lentas horas de esos monótonos días invernales. Así que fui a uno de los lugares más visitados por los canadienses en Toronto: el Hockey Hall of Fame donde se encuentran cantidad de objetos; fotos, historias y videos de los momentos espectaculares de este deporte durante su historia y su importancia para el sentir colectivo de esta sociedad, tal como se muestra en el año 1972, durante la plenitud de la “Guerra Fría”, cuando se enfrentaron por primera vez los jugadores profesionales canadienses contra los imbatibles jugadores olímpicos “amateurs” del Ejército Rojo de la URSS. Durante esta histórica disputa se jugaron 8 partidos muy emocionantes, decidiéndose todo en el último minuto del último partido con un gol mítico de Paul Henderson, componente de los Toronto Maple Leafs.



Después de pasar una semana en esta ciudad visitando sus museos y sus barrios más populares resolví que ya estaba bien de tanta vida urbana, por lo que tomé la decisión de partir hacia las grandes praderas.



Canadá de costa a costa – Viaje completo.

Yo quería atravesar el país kilómetro a kilómetro pero como conducir no me gusta opté por tomar el tren Trans-Canadian que desde el año 1885 cruza el país uniendo sus dos océanos. El viaje completo desde Toronto a Vancouver tarda cuatro días pero yo decidí realizar tal viaje con calma y hacer varias paradas para conocer bien dicha extensa parte del Canadá. Mi primera escala sería Winnipeg, 38 horas después de recorrer 2.239 kilómetros de vía. Así que me planté en la estación central con mi mascarilla y mi certificado de vacunación.



El transcanadien une Toronto con Vancouver



En este tren transcontinental hay dos tipos de viajeros: primera clase en litera y segunda clase en butaca. Yo, para no perder la costumbre, opté por la más económica y sufrida, aparte que primera clase estaba llena de jubilados con andador adosado. El único inconveniente de segunda clase es que no se tiene acceso al coche-restaurante (decían que era debido a las restricciones del Covid). Sin embargo tenía una camarera que pasaba de vez en cuando para venderte sándwiches rancios y cerveza.

Sabiendo esto de ante mano hice buena provisión de bocadillos y subí al tren. El viaje resultó agradable porque en Canadá, aquellos que se permiten viajar, van en primera clase. Mi vagón iba casi vacío, pudiendo dormir a pierna suelta como un buen vagabundo, usando dos butacas. Destacaban varios estudiantes, una monja y un *québécois* que no paraba de pedir copas de vino hasta que se quedó sin dinero en metálico. En este tren es imposible pagar con tarjeta de crédito porque no hay conexión a internet, es decir, una gran parte del país carece cobertura telefónica. Se trata de un largo viaje pero el tiempo pasa rápidamente de manera hipnótica, mirando por la ventana. Todo es naturaleza, una película continuada de árboles, ríos, lagos y cascadas. La vía transcurre por el norte de la provincia de Ontario que es un inmenso bosque donde todavía no se ha asentado ningún ser humano. A las dos horas de salir de Toronto desapareció todo vestigio de civilización, durante este trayecto hasta Winnipeg, observando a través del cristal solamente pude distinguir a dos pescadores sentados en una barquita en un lago, atentos a sus cañas. Lo más interesante de este tren es que el último vagón es más alto que los demás y es panorámico, todas las paredes y techo son de cristal. Viendo tanta vegetación salvaje y agua pura por todas partes me sentía sobrecogido y pensaba; toda esta extensión de tierra ha estado así, inalterada, durante millones de años, ¿Cuánto más podrá continuar de esta manera antes que los hombres empiecen a transformarla?

En el vagón panorámico la mayoría del tiempo estaba solo excepto por el *québécois* borracho que pronto se quedó dormido, y la monja. Era francesa y se llamaba Terese, había trabajado muchos años en África, en el Yukón y los Territorios del Norte con los pueblos indígenas, iba para Vancouver a colaborar con los “*homeless*” de la ciudad. Me aconsejó: “los mayores inconvenientes en el norte durante el verano son los mosquitos y los osos. Si te adentras en el bosque cómprate un buen repelente de bichos, un silbato y una botella de spray contra osos”. Yo contesté: ¿Un silbato, para qué? Ella prosiguió: “Los osos son animales muy tímidos y no les gusta nada el ruido, cuanto más alboroto hagas más lejos se irán. Sin embargo, ten cuidado con la comida que llevas encima, un oso la puede oler a 50 km., si le resulta agradable te puede seguir durante días. Si vas a acampar deja la comida bien lejos de tu campamento en lo alto en un árbol. Nunca dejes en tu tienda la pasta de dientes; este olor les encanta. Si tienes la mala suerte de encontrarte con un oso, reza a Dios en alto, apunta bien con el espray y riégalo de arriba abajo.”



Canadá, tierra de ríos, lagos y bosques

Llegué a Winnipeg con cuatro horas de demora según la hora prevista, es el problema de viajar en tren, siempre llega con retraso porque en este país tienen derecho de paso los trenes de mer-

cancías que transportan toneladas de carga, por eso solamente viajan en tren los turistas. Los trenes de mercancías pueden medir más de tres kilómetros de largo y circulan tanto de día como de noche de uno al otro extremo del país.

Todo el mundo me preguntaba por qué me apeaba en Winnipeg y tenían toda la razón, nunca he estado en una ciudad tan aburrida. Esta es la región de las grandes praderas, dedicándose exclusivamente al cultivo de cereales. El centro de la ciudad todavía mantenía grandes edificios de principio del siglo XX, cuando Canadá abastecía de trigo a todos los países Europeos que estaban librando sus Guerras Mundiales. Actualmente por sus calles circulan muchos coches y ningún peatón, en algunas esquinas se forman grupos de indígenas para pedir limosna y a la vez trasegar bebidas espirituosas. Manitoba es una de las provincias donde hay mayor número de pueblos autóctonos y *Métis*. En Canada hay casi dos millones de habitantes que se declaran autóctonos, Primeras Naciones y *Métis*. Este último es un grupo importante, con 590.000 personas, tiene una cultura mixta entre lo indígena y lo europeo. *Métis* significa mestizo; los aventureros franceses cuando llegaron al Canadá buscando pieles, no conocían el territorio, necesitaban hacerse amigos de los indios para comerciar con ellos y la mejor forma era casarse con las mujeres indígenas y aprender sus costumbres. Este grupo cultural tiene su propia lengua llamada "Michif" un dialecto del francés mezclado con palabras indígenas.

Aquí en la provincia de Manitoba hay ciertas leyes diferentes a las que existen en las provincias de Ontario o Quebec. En los supermercados no te venden vino ni cerveza, tienes que ir a un *Liquor Store*, que suele estar abierto las 24 horas. Esto no impide que la gente siga bebiendo. En todas las ciudades del Canadá te encuentras en la calle con grupos de autóctonos dándole a la botella, parece un eterno problema sin resolver. Los Canadienses dicen que el gobierno les ayuda con muchos subsidios y programas sociales pero los indígenas alegan que ellos han perdido sus tierras, su identidad y sus valores hereditarios. Como podéis comprobar, un problema nada original.

Winnipeg, con una población indígena de 93.000 personas, mucho más que cualquier otra ciudad canadiense, es lugar de confluencia de dos ríos donde se realizaba el encuentro ancestral de los pueblos del norte y del sur (los *Nakoda*, los *Cree*, los *Anishinaabe*, los *Dakota* y Los *Métis*). Aquí se ha construido el museo nacional de los Derechos Humanos, un edificio magnifico dedicado a dar a conocer todas las barbaridades realizadas por el ser humano civilizado en los tiempos modernos para que no vuelvan a suceder nunca más: colonialismo, racismo, homofobia, maltrato, etc. Hay que tener en cuenta que en este país habitan todas las razas del planeta y la tolerancia es la clave de la convivencia.

Mi siguiente viaje en tren tenía como destino Edmonton en la provincia de Alberta que se encontraba a 1363 kilómetros. Así que llené mi bolsa de bocadillos, preparándome para pasar 25 horas sentado en una butaca, aunque luego con su correspondiente retraso fueron 29 horas. Los pasajeros seguían siendo de la misma categoría, los jubilados americanos en primera clase y los diversos en segunda. Esta vez en mi vagón había tres madres inmigrantes de Iraq, rodeadas de niños que no paraban de gritar. Mi asiento estaba junto al de una chica australiana que estando viajando por el país y había encontrado trabajo en Jasper, en plenas Montañas Rocosas, y para allá iba. Cerca de nosotros se sentó un autóctono que inmediatamente empezó a pedir cervezas, se llamaba Joe y era de la etnia de los *Blackfoot*. Era de Winnipeg, viajaba hacia Vancouver junto con su hermana y su cuñado que estaban sentados al principio del vagón. Quería probar esta forma de viaje, nunca había viajado en tren. Le parecimos gente simpática y con varias cervezas encima nos contó su vida:

“Yo estoy separado y tengo un hijo, he trabajado en muchos sitios; en los pozos de petróleo, me he dedicado a la pesca invernal en los lagos helados del norte y también he pasado una temporada en la cárcel pero ahora ya no llevo armas y solo fumo marihuana porque es legal”.

Es curioso que en estos viajes sueles encontrarte con todo tipo de personas y algunas te empiezan a contar su vida como si fueras un cura en el confesionario, sabiendo que nunca te volverán a ver más.

El viaje en tren discurrió tranquilamente por las grandes praderas, ya sin bosques. Atravesamos la provincia de Saskatchewan viendo extensiones infinitas de campos de trigo y silos a la orilla de la vía.

A las tres de la mañana llegó el tren a Edmonton y me despedí de Joe y de la chica australiana. En esta estación se bajó muy poca gente y todos tenían alguien que les venía a recoger. A esa hora no encontré ningún taxi y mi alojamiento estaba a diez kilómetros de la estación. Caminar de noche por una ciudad desconocida con una mochila no era una buena opción. Volví a llamar por teléfono a una compañía de taxi local pero nadie respondía. De repente apareció un hombre de rasgos muy africanos, aparentaba unos treinta años y decía que tenía un taxi y que me llevaba por 20 dólares. Al principio le dije que no, porque en otros países que ya conocía esto significaba acabar en una cuneta. Pero después vi salir de la estación otro viajero de mi vagón y el *pseudo* taxista le llevaba la maleta. Rápidamente pensé, “los asesinos en serie no suelen matar a sus víctimas de dos en dos”.

El conductor pirata tenía un coche totalmente desvencijado, lleno de juguetes, trastos decorativos... y allí nos metimos. Le pregunté de donde era y me dijo:

“Yo soy de Somalia y llevo seis años en Edmonton, trabajo en un restaurante y por la noche hago de taxista, tengo una familia y la vida es muy cara en esta ciudad”.

Inmediatamente me vino a la memoria la noticia del pesquero “Alakrana” secuestrado en aguas de Somalia por piratas sanguinarios. Yo seguía muy atento a la carretera por si tenía que tirarme del coche en marcha, pero el hombre condujo tranquilamente por las calles desiertas de la ciudad. En la primera parada se apeó mi compañero de vagón y me quedé solo en el coche mirando por todas partes y pensando:

“Ahora es cuando aparecen sus camaradas del barco, armados hasta las dientes, ¿dónde tendrá escondida la pistola asesina?”.

Mientras yo le daba vueltas al asunto, recordando todas las películas de Bruce Willis y como debía enfrentarme a una banda de asesinos, el taxista aficionado somalí me dejó delante de la puerta de mi hostel. Le di los 20 dólares y mostró una sonrisa de par en par. A veces pienso como tanta televisión y tantas películas han creado una realidad virtual de la cual no podemos escapar; nuestra cultura colectiva depende de las historias que nos han contado por televisión.

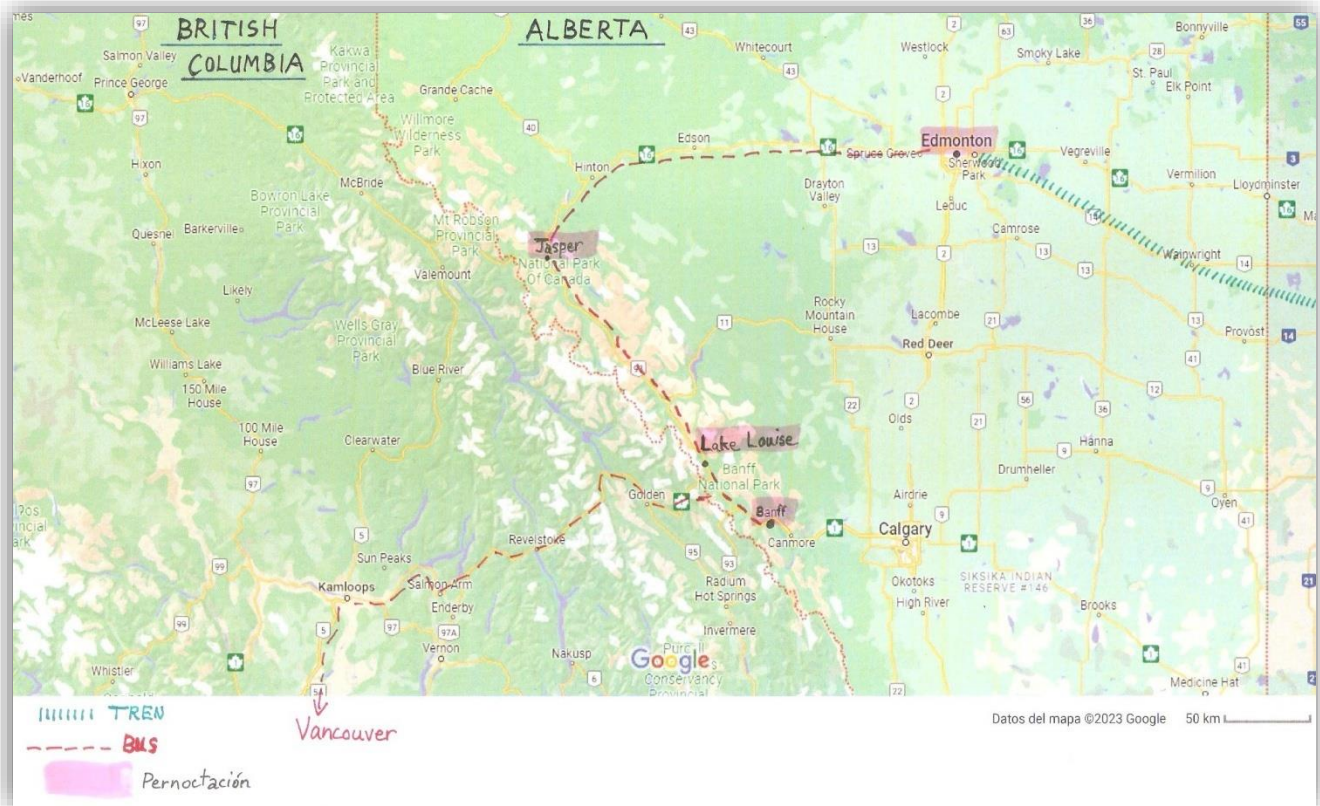
Me hospedé en una casa que tenía dos habitaciones para turistas en el sótano. La casa estaba en un barrio residencial con grandes jardines y árboles centenarios. Edmonton es la ciudad con más superficie arbórea del Canadá, salvo el centro de la ciudad los lugareños viven en un bosque urbano. Al día siguiente, paseando un buen rato por sus barrios verdes y respirando aire puro, llegué al centro de la ciudad, cruzada por grandes avenidas, altos edificios, algún que otro restau-



Bosques de Pino Douglas

rante y ninguna tienda. Era sábado, no había ningún peatón por la calle, ni siquiera paseando al perro, parecía una ciudad fantasma. Entré en un pequeño centro comercial en los bajos de un gran edificio y tampoco había mucha gente. Pregunté a un guarda de seguridad el motivo de haber tan poca gente en la zona y me contestó:

“Por aquí solo hay vagabundos y al centro ya no viene nadie, todo el mundo está en el West Edmonton Mall.”

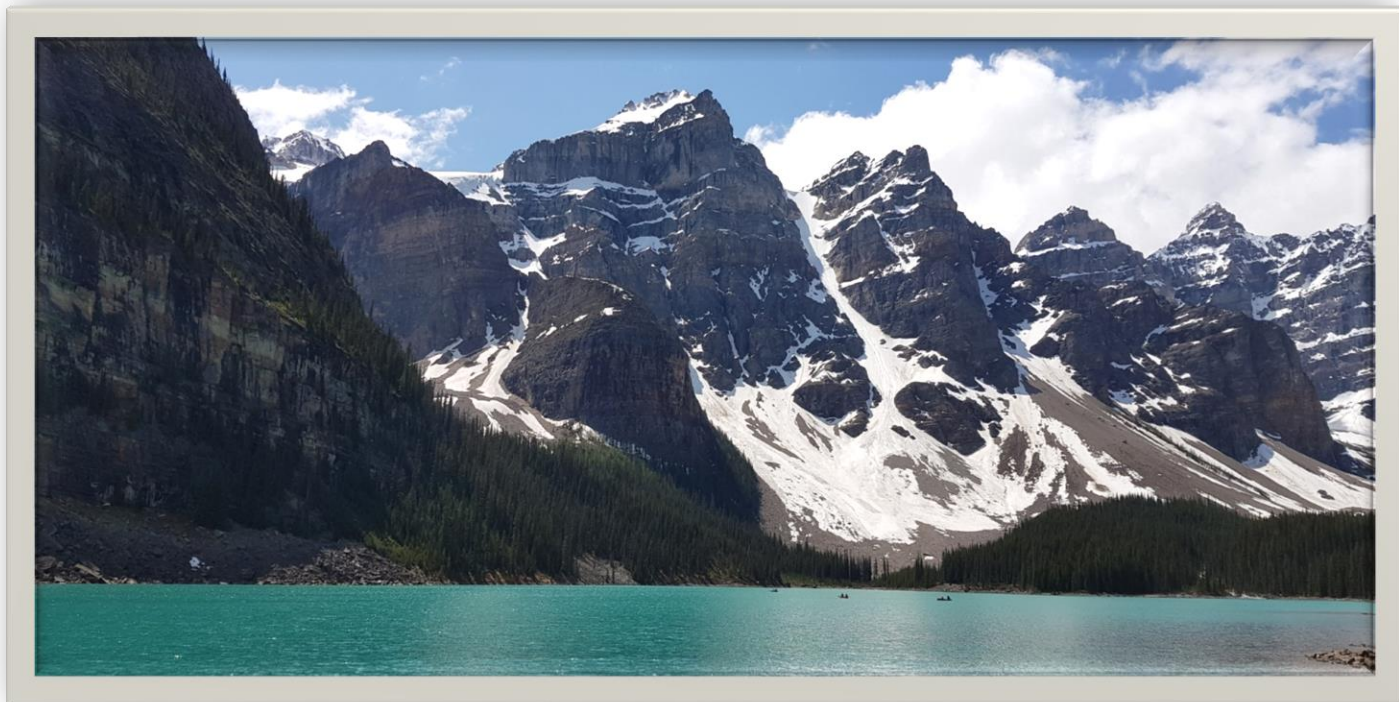


Alberta. National Parks

Así que tomé un autobús y allí me planté después de 50 minutos de viaje. No es ningún rascacielos, es un edificio de cinco o seis plantas que se extiende hasta al infinito. Está considerado el centro comercial más grande de Norteamérica, con 800 tiendas, restaurantes hoteles, gimnasios y 24.000 empleados en 490.000 m2, con aparcamiento para 20.000 vehículos. Recibe normalmente unos 90.000 o 200.000 ávidos consumidores dependiendo del día. Tiene un parque de atracciones con montaña rusa incluida, parque acuático con toboganes y fabricación de olas, agua templada constante a 31 grados. También tiene una pista de hielo olímpica abierta todo el año, un mini-golf de 18 hoyos y un zoo acuático con lobos marinos y pingüinos. Todo siempre a la misma temperatura ambiente de 25 grados, tanto en invierno como en verano. Para qué vas a sufrir paseando por la calle bajo las influencias meteorológicas cuando tienes un “Mundo Feliz” a pocos kilómetros de tu casa.

Todo esto es debido a que en la provincia de Alberta igual que en el resto del país la electricidad es prácticamente gratis. Alberta tiene inmensas reservas de petróleo, gas natural y carbón que queman que da gusto, llegando a ser el 89% de su producción y solo el 11 % son energías renovables. Sin embargo, la provincia de Quebec con sus innumerables ríos y lagos produce un 94% de energía hidroeléctrica y 5% eólica.

Tres días permanecí en esta bella ciudad paseando por sus magníficas avenidas, parques y calles llenas de vegetación por donde no paseaba nadie excepto deportistas corriendo a toda velocidad o, por fin, algún amante de su perro.



Lago Moraine y las Montañas Rocosas

La pradera había concluido y ahora tocaba subir a las montañas, el tren hacía este trayecto por la noche así que tomé un autobús a primeras horas de la mañana. Lentamente el autobús dejó tras nosotros la infinita pradera ascendiendo por las majestuosas Montañas Rocosas hasta llegar a Jasper, después de 6 horas de viaje. Aunque llovía y el cielo estaba gris las vistas eran magnificas, las montañas todavía mantenían mucha nieve y los bosques de pinos ordenados en una perfecta simetría parecía un cuadro de una belleza irreal. Todo era prístino y sublime, imposible de describir, ni siquiera una foto puede transmitir aquella inmensidad ni la sensación de grandiosidad que propaga este paisaje. Es como si Dios, el de la barba blanca, ese que sale en la biblia, hubiera terminado su trabajo de crear el mundo tan solo un par de días atrás.

Jasper es una pequeña ciudad turística y un nudo ferroviario importante situado en el gran valle del río Athabasca, dentro del Parque Nacional de Jasper de 11.000 kilómetros cuadrados, el mayor de las Montañas Rocosas de Alberta. La ciudad es tranquila y relajada, preparada para las actividades de montaña tanto de invierno como de verano. A las seis de la tarde cerraban todas las tiendas y todo el mundo se retiraba a su hotel para dormir pronto y prepararse para hacer senderismo al día siguiente. Mi albergue quedaba un poco alejado de la ciudad, en un camino cerca del bosque. Mientras arrastraba mi mochila con ruedas, de repente aparecieron dos ciervos canadienses que aquí llaman “wapiti” o “elk” paciendo la hierba de la cuneta, me miraron con desgana y siguieron rumiando tranquilamente. Ninguno de ellos tenía la cornamenta imponente que se ve en las películas ya que en verano los machos la pierden. Durante los tres días de mi estancia no paré de ver ciervos por la carretera, los moradores me decían que las ciervas con sus crías prefieren estar cerca de los humanos que en el bosque con los lobos. Cuando llegué al albergue todos me decían lo mismo: “¡Has llegado tarde, ayer había un oso negro delante del albergue, al otro lado de la carretera!” Aquí en Jasper todo el mundo parecía tener contactos habituales con los osos.

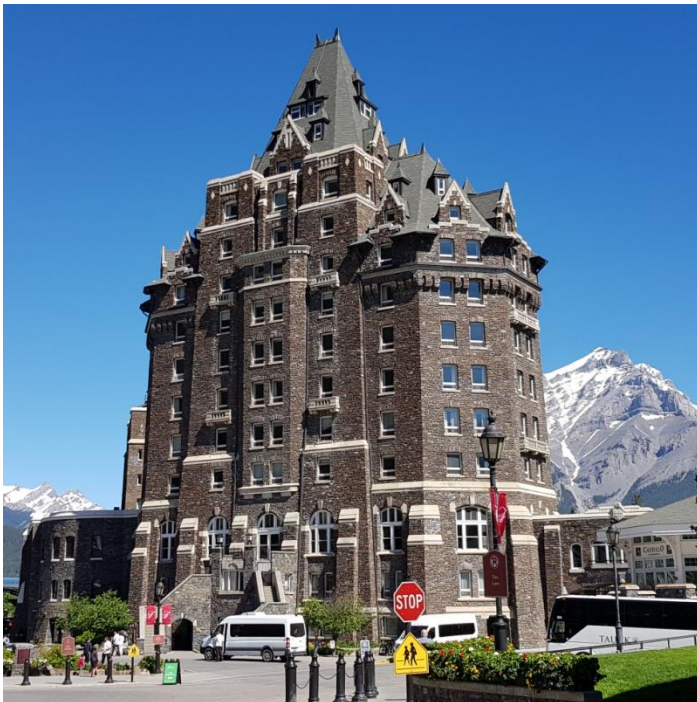
Cómo no soy un gran senderista y no quería encontrarme con un oso en mitad del bosque me alquilé una bicicleta para recorrer todo el valle, y en caso de encontrarme con un oso siempre le podía regalar la bici. El valle Athabasca con su río del mismo nombre y de agua blanca baja de los glaciares de las montañas y discurre por el llano formando seis pequeños lagos, cada cual

más bello, rodeados de bosques de pinos. Todos los lagos de la Montañas Rocosas tienen un color único: el verde esmeralda o el azul turquesa dependiendo de la luz del día. Este color del agua se debe al polvo blanco de roca caliza que los glaciares rascan a las montañas. Pasear por los caminos a la sombra de los pinos y a la orilla de un espejo de agua viendo el cielo azul era como estar en la tierra del Mago de Oz.

Mi siguiente destino era el pequeño pueblo de Lake Louise, a 232 kilómetros de distancia. Existía un autobús diario que hacía el trayecto. La carretera transcurre por mitad de las Montañas Rocosas subiendo el río Athabasca hasta encontrarse con el glaciar del mismo nombre. Aquí todavía había nieve y la temperatura era de 10 grados. Es una de las carreteras más bonitas del país por sus vistas a las montañas y a sus bosques de pinos. Hace unos años el glaciar llegaba hasta el borde de la carretera pero poco a poco va retrocediendo debido al cambio climático, sin embargo todavía sigue siendo espectacular y de fácil acceso.

Lake Louise es el lago más visitado del país, con 3.6 millones de visitantes al año. Si vienes a la provincia de Alberta es una parada obligada. A pocos kilómetros se encuentra otro lago igual de bonito pero menos visitado, se llama Moraine Lake.

Mi siguiente parada fue Banff a 57 kilómetros del lago Louise. Esta ciudad es la más importante del Parque Nacional y se nota, está llena de hoteles, restaurantes, bares y tiendas de lujo, todo preparado para sacarle el dinero al turista. Aquí ya no había tantos escaladores y sufridos senderistas, abundaban más los jueguistas y amantes de la buena vida. Los mayores alicientes para estas personas son los casinos y las aguas termales del hotel Fairmount, sin olvidar la subida a Sulphur Mountain, por supuesto en teleférico.



Hotel Fairmount en Banff.

Después de tres días recorriendo los senderos cerca de Banff y subiendo a Sulphur Mountain a pata, tomé un bus hacia Calgary. Para llegar a esta ciudad hay que volver hacia atrás, bajar las montañas y retornar a la pradera, ya que esta región es la capital de los cowboys canadienses. Su evento más famoso es el Calgary Stampede donde se juntan los vaqueros más valientes para la doma de caballos y toros salvajes. Llegué a esta ciudad a final de junio y el festival no empezaba hasta el 8 de julio, sin embargo pude ver como la ciudad se preparaba en el recinto ferial para celebrar tan magno acontecimiento después de dos años de Covid. Incluso ya había mucha gente vistiendo botas y sombrero vaquero.

Aquí también se celebraron los juegos olímpicos de invierno de 1988. Yo suponía que una ciudad olímpica de invierno debería de estar en las montañas, en el caso de Calgary las competiciones de esquí alpino se realizaron en la ciudad de Canmore y en la estación invernal de Kananaskis, a 105 km al oeste de la ciudad, ya en plenas montañas.

Llegué a Calgary el 1 de julio para celebrar la fiesta Nacional, el Canadá Day. Se conmemora la firma de la Constitución de 1867, por lo que Canadá se declaró independiente del Imperio Británico. Durante este día todo el mundo viste su camiseta y su gorra con la bandera nacional y sale a

comer perritos calientes mientras pasea por la calle. Además de haber música en diversos parques y muchos petardos, en una gran pradera junto al río Bow se reúnen una gran cantidad de pueblos de las Primeras Naciones para recrear sus propios bailes ancestrales vistiendo sus mejores galas con los tocados de plumas. A la vez, frente al ayuntamiento, existe un memorial improvisado con muchas flores, ropas y fotos de niños y niñas indígenas que murieron en los reformatorios del gobierno durante décadas. Estos reformatorios tenían como objetivo civilizar y hacer de los niños indios pequeños canadienses. Así podemos ver que la creación del Canadá, en apariencia tan simple y alegre como su bandera roja y blanca, está llena de momentos grises.

Calgary tampoco resultó ser un lugar muy alegre las semanas previas al Rodeo, así que tomé un autobús hacia Vancouver. El bus tardó 14 horas en recorrer 1.076 kilómetros por la famosa Trans-Canada Highway hasta llegar al Océano Pacífico. El trayecto es espectacular, pasando por desfiladeros y túneles, lleno de curvas entre montañas majestuosas y frondosos bosques.

Llegué a la estación central de Vancouver a las 10 de la noche y caminé media hora hasta llegar a mi Hostel, en una de las calles más concurridas del centro de la ciudad, la Granville Street. Esta es la avenida de ambiente, con infinidad de bares y discotecas, pero lo que más llama la atención es la cantidad de gente sin hogar deambulando por la vía pública. Unos hablan solos, otros beben alcohol barato e incluso algunos se drogan a plena luz del día sin que nadie les preste atención, aquí la policía brilla por su ausencia. Yo preguntaba a los Canadienses por qué existe tanta gente en esta situación y la mayoría me contestaban lo mismo: "Son gente que ha tenido problemas en la vida y acaban en Vancouver ya que aquí no nieva y no se congelan en invierno".

Vancouver se ha convertido en los últimos años en la ciudad más cara de Canadá, especialmente dentro del sector inmobiliario. Una casa en el núcleo urbano tiene un precio medio de un millón de dólares. Esto es debido a la belleza de la ciudad, situada cerca del mar, rodeada de montañas y una temperatura suave comparable con el sur de Inglaterra. Con la globalización y el gran auge de las economías de Asia, Vancouver se ha convertido en el mayor puerto de Canadá y sexto de Norteamérica. Esto ha atraído a muchos inmigrantes orientales e inversores extranjeros que han adquirido propiedades con el fin de especular. Un 28% de su población es de origen chino, viviendo la gran mayoría en la zona sur de la ciudad llamada Richmond, donde todos los carteles de tiendas y anuncios publicitarios están escritos tanto en inglés como en chino mandarín.

En esta parte de la ciudad permanecí solo una noche porque el Hostel era muy ruidoso, justo encima de un bar lleno de jóvenes en fiesta perpetua. Por suerte tenía reservado una tranquila habitación en el barrio residencial de Richmond, en el seno de una familia china. Vancouver ha crecido tan rápidamente que su transporte público ha quedado escaso, aunque su metro es en parte subterráneo en el centro de la ciudad y elevado en los barrios residenciales no puede absorber la gran cantidad de viajeros que lo utilizan diariamente. Este transporte público se llama Skytrain. Lo más chocante de este sistema de transporte es que no hay ningún operario en las estaciones y el tren no tiene conductor. Tienes que comprarte una tarjeta magnética en un kiosco de prensa, recargarla en las máquinas de la estación y a subirte al tren. Tampoco parece haber ningún incidente violento, por lo que escasean los guardias de seguridad; habiendo tal cantidad de viajeros chinos la paz está asegurada. Un pueblo muy disciplinado y sobre todo pacífico.

Para llegar a mi nueva residencia desde el centro tenía que atravesar toda la ciudad, primero tomar el Skytrain y luego subirme a un autobús. El viaje duraba casi una hora pero merecía la pena. Mi nueva morada era una hermosa casa de 8 habitaciones, todas alquiladas a estudiantes, la mayoría chinos. Los propietarios eran Alusa y Jeffrey, una pareja china que rondaría los 50 años de edad y que llevaba diez en Vancouver. Ella era peluquera y él era albañil, alquilaban las habitaciones para poder pagar la casa. Los dos eran bajitos y muy simpáticos pero su inglés era pésimo, a veces tenía que hablar con signos para hacerme entender. La casa estaba muy limpia pero

siempre había un olor a alguna especia china que resultaba un tanto incomodo, aparte de su dieta diaria de arroz y pescado frito para desayunar.

Temprano, tras rechazar la invitación de Jeffrey a comer pescaditos secos, tomaba el transporte público hacia el centro de la ciudad. A lo largo del paseo marítimo hay muchas sendas para bicicleta y varios puntos donde poder alquilarlas. En el centro de la ciudad existe un embarcadero donde atracan los grandes buques de crucero, inundando la ciudad de pudientes turistas jubilados americanos. Muy cerca hay un pequeño aeropuerto con hidroaviones que funcionan como taxis que te llevan a la isla de Vancouver mucho más rápido que un ferry. Siguiendo hacia el oeste te vas encontrando los clubes náuticos y los apartamentos de alto standing hasta llegar a Stanley Park. Es la península que mira hacia el norte con una superficie de 4 km², tardando una hora de bicicleta en recorrer su perímetro. Lo fantástico de este lugar es que se ha mantenido el bosque originario para el disfrute de los habitantes de la ciudad. Es como estar en una gran foresta al lado del núcleo urbano. Los árboles más majestuosos y predominantes son el pino Douglas, los cedros rojos del Pacífico y el "Western Hemlock" o el tsuga del Pacífico, que pueden alcanzar los 60 metros de altura y vivir más de 800 años. Entrar en este parque y mirar hacia arriba buscando la copa de los frondosos árboles es una auténtica experiencia visual.

La ciudad de Vancouver tiene también varias playas municipales pero se encuentran en el interior de la ría, con agua estancada y de un color sospechosamente oscuro. Pocas personas se bañan en ellas y no hay gran cultura playera. Los amantes de las olas tienen que ir a la isla de Vancouver para poder disfrutar del pleno océano Pacífico.

El lugar más visitado de la ciudad se encuentra en la ribera norte, en la falda de las montañas. Se trata del puente colgante de Capilano sobre el río del mismo nombre, tiene 140 metros de largo y está a una altura de 70 metros sobre el cañón de Capilano, recibiendo 1.2 millones de visitantes todos los años. Al oír hablar de este lugar, por el nombre tan latino, pensé que el parque homenajearía a algún antiguo miembro de la mafia italiana pero resultó que el terreno fue propiedad de la nación Squamish y en el siglo XIX el gran jefe de la tribu se llamaba "Kia'palano". De nuevo la naturaleza te sorprende con vistas al cañón, donde discurren aguas cristalinas llenas de salmones y árboles centenarios que circundan sus imponentes acantilados.

El parque de Capilano estaba a rebosar de visitantes y familias ávidas de hacerse un *selfie* en el puente colgante; el lugar parecía una romería. Le pregunté a una guía del parque sobre los salmones del río y me dijo: "Si usted sale del parque y camina unos kilómetros río arriba llegará al centro de incubación de salmones del gobierno, es un sitio muy interesante y aprenderá mucho sobre ellos." Así pues, alejándome de la masa turística me adentré en el bosque por una carretera desierta y a unos 2 km. se encontraba "The Capilano Salmon Hatchery", un criadero de salmones. Las instalaciones junto al río tenían una sección abierta al público en la que no había nadie. Existía un embalse artificial en lo alto de una catarata y un canal ascendente con escalones donde los salmones saltaban de uno a otro hasta llegar al embalse y allí desovar. Estos escalones tenían un muro de cristal donde se veía saltar a los peces igual que en los documentales de la segunda cadena. Los salmones que más frecuentan este río son los Chinooks, a veces llamado King Salmon por ser el más grande y más sabroso, aunque históricamente ha sido el más pescado y en hoy en día está en riesgo de extinción. Otra raza de salmón que cría en este río es el salmón Coho. También desova aquí una trucha muy apreciada llamada "Steel Head Trout" "trucha cabeza de acero", parece ser que este pez es una trucha pero se comporta como un salmón; lo cual tiene muy mosqueados a los biólogos y naturalistas.

El salmón es el pescado más consumido por los canadienses y los norteamericanos, por lo que cada vez hay menos individuos nadando entre el Pacífico de Canadá y Alaska. A pesar de la construcción de piscifactorías, el producto no es el mismo y estas contaminan el medio ambiente. Cuando juntas a muchos individuos salvajes de una misma especie en un espacio reducido las

enfermedades entre ellos se transmiten de inmediato. El gobierno canadiense controla la pesca y se dedica a criar alevines para luego soltarlos por todos los ríos de aguas claras, intentando retornar a los gloriosos años que rememoran las tribus autóctonas.

Aparte de los tipos de salmón mencionados anteriormente también se comercializan en la Columbia Británica el "Pink Salmon", "Chum Salmon" y "Sockeye Salmon", siendo el Pink más común y el Sockeye más valorado. El salmón Sockeye era el que más se anunciaba en los restaurantes caros de la ciudad.

Desde siempre nos hemos preguntado ¿Cómo es que los salmones vuelven siempre al mismo río donde nacieron? Parece que los científicos han descubierto que estos peces retornan a su río originario atraídos por su olor. Cuando son alevines memorizan el olor de las aguas y son capaces de reconocerlo de adultos.

En la zona norte de la ciudad que es también el barrio residencial más elitista de la región, también existe otro río, con su cañón y su puente colgante: es el Lynn Canyon Suspension Bridge. Este puente no es tan extenso, ni tan alto pero tiene un sendero a lo largo de río que permite observar las cataratas y la fuerza del agua.

Paseando por el puente estaba una joven vestida de guarda forestal mirando fijamente hacia abajo, a las aguas turbulentas con una radio "walki-talki" en mano. Le pregunté si se había caído algo al abismo y me respondió:

"No. ¿No ve Usted dos chavales con neoprenos allí abajo? están haciendo "canyoning", intentando tirarse por la catarata para llegar a la otra más abajo. Todos los días tenemos unos cuantos chiflados que se juegan la vida para demostrar que son valientes y subir su video a Youtube. Tirarse por este río se ha puesto de moda entre los jóvenes que buscan emociones fuertes. Aunque pongamos carteles por todas partes advirtiendo del peligro ya hemos sacado varios cadáveres. Las aguas son muy traicioneras y en muchos lugares hay sifones que te arrastran hacia el fondo." Y pregunté "¿No pueden ustedes impedir que se metan estos muchachos en el agua?"

Ella contestó: "El parque es muy grande, los chavales saltan la valla, se esconden entre los árboles y se tiran al río sin previo aviso. El baño está prohibido pero a estos chicos les gusta desafiar las leyes. Desde el año 1985 han muerto 32 personas. Tengo que estar aquí por si ocurre alguna desgracia y llamar a la policía. Estos dos que están allá abajo van muy bien preparados, es posible que sean de la zona y conozcan el río."

Después de un buen rato caminando regresé y la Guarda Forestal ya no se encontraba en el puente ni tampoco oí ninguna sirena de ambulancia.

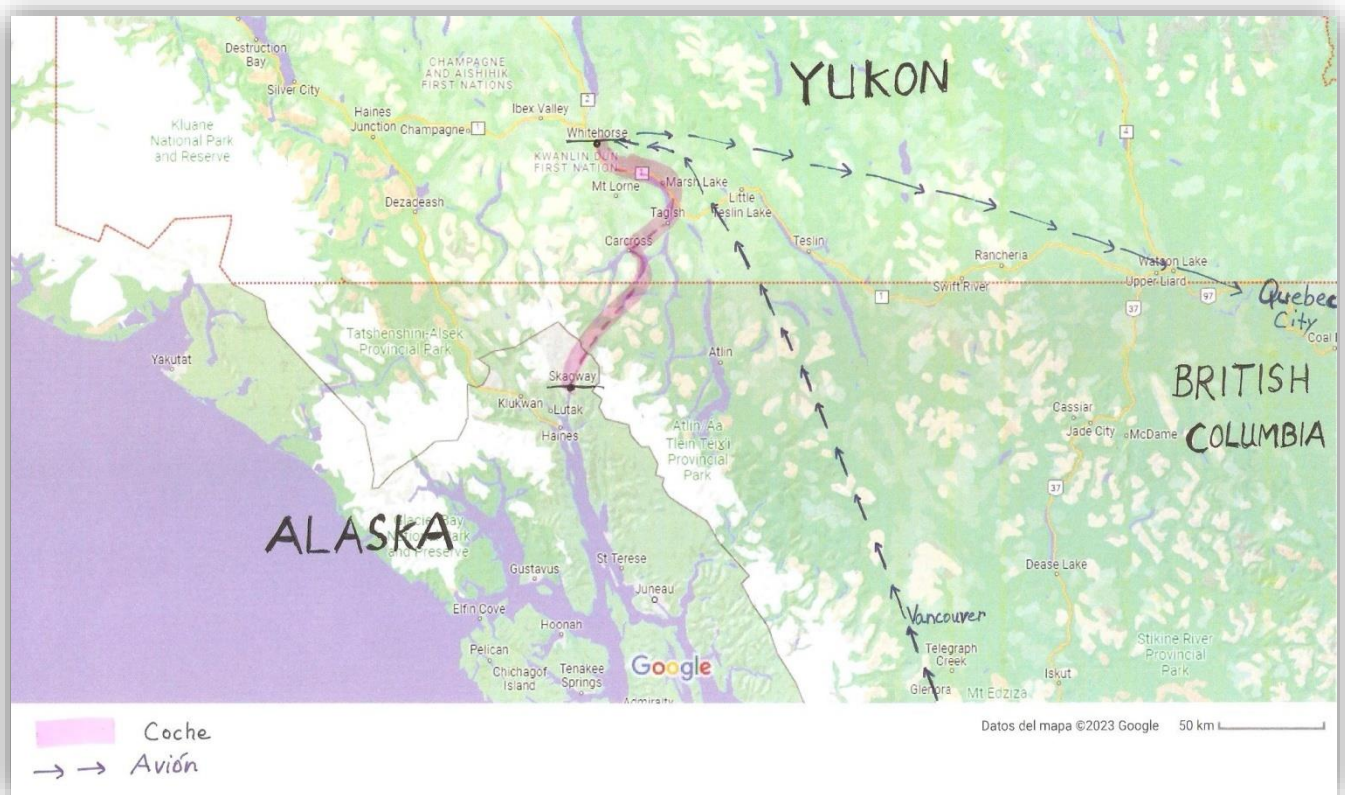
La montaña más cercana y más visitada se llama Grouse Mountain y estaba a solo 12 kilómetros al norte del centro de ciudad. Hay un teleférico que te lleva a 1200 metros, donde los lugareños suben a esquiar en invierno y practicar senderismo en verano. Quise hacerme el valiente y subir la ruta hasta la cima, la ascensión es de 800 metros por una pista de 2.5 kilómetros con escaleras irregulares y una pendiente muy pronunciada solo apta para un simio. Llegué a lo alto medio muerto y las rodillas a punto de estallar pero pude admirar un vista magnífica de la bahía de Burrard, el puerto de Vancouver, el parque Stanley, toda la ciudad e incluso llegando a distinguir el volcán nevado de Mount Baker en los Estados Unidos. La bajada fue más sencilla en la cabina del teleférico aunque bastante apretada por tanto turista.

Otro lugar famoso en la provincia de la Columbia Británica es la estación invernal de Whistler, considerada una de las mejores del mundo. No en vano se celebraron allí varias pruebas de la olimpiada de Vancouver 2010.

Aunque era pleno mes de julio decidí tomar un autobús hacía este pueblo en las montañas. Todo el lugar estaba muy limpio y se veía a mucha gente estupenda por todas partes, buenos hoteles y elegantes restaurantes, parecía cualquier estación alpina de suiza. Whistler está situado en el valle de Squamish, rodeado por exuberantes montañas con su río y su lago llamado Green Lake,

de aguas color azul turquesa donde amerizan los taxis aéreos; es el lugar ideal para los millonarios canadienses. Lo que más me sorprendió fue la gran cantidad de jóvenes vestidos estilo Don Quijote, con casco integral, traje de combate y botas de cuero subidos en bicicletas carísimas llamadas “downhill”. Cientos de chicos y chicas hacían cola en los telesillas para subir a 2000 metros con sus bicicletas y tirarse montaña abajo a toda velocidad. Me asomé al puesto del Cruz Roja y alguno vi tumbado, lleno de sangre, recibiendo los primeros auxilios. Todos los valientes eran de pura raza anglosajona y no vi a ningún latino, asiático ni africano con ganas de suicidarse. Este deporte, tan emocionante, debe ser exclusivo de una clase social pudiente que prefiere matarse antes que trabajar.

Vancouver es una ciudad muy agradable y presume ser la urbe más bonita del país, lo pude comprobar circulando en bicicleta por la turística Granville Island, las playas de Kitsilano, Jericho y Wreck Beach cerca del jardín botánico, que se asoman al estrecho de Georgia en el mar de Salish. Y así pasaron mis dos semanas comiendo comida china y “fish and chips” de salmón en los centros comerciales de la ciudad antes de seguir mi camino hacia Alaska y el río Yukón.



Ruta Vancouver–Yukon–Alaska–Regreso a Quebec

Yo quería conocer la zona del Yukón, esa tierra salvaje que aparecía en la novelas de Jack London. Solo había dos formas de llegar a Whitehorse, su capital, vía coche o por avión, por autobús era imposible. Meses antes, en plena pandemia, había reservado un billete de avión de la compañía aérea del Yukón con el nombre tan sencillo como “Air North”. Había comprado un billete tan barato que dudaba si esa compañía era fiable. Así pues, me despedí de mis caseros orientales prometiendo volver e incluso algún día viajar a china para visitar a toda su familia, y me planté en el aeropuerto a primera hora de la mañana para ver si de verdad saldría ese avión hacia el Yukón. Fui pasando por los diversos mostradores de las compañías aéreas más conocidas y al final del edificio estaba “Air North”. No me pidieron ninguna documentación, no tuve que pagar por la maleta, las azafatas eran muy simpáticas; una maravilla de compañía, era como estar ya en la última frontera, donde la gente es campechana y honesta. Me senté al lado de una señora de unos 60 años que trabajaba en una mina de oro, por lo visto los mineros trabajan dos meses en la

mina y descansan otro. Esta señora volvía de estar unas semanas con su familia pero no me pudo contar mucho más porque enseguida se quedó dormida, se le cayó la mascarilla y se puso a roncar al igual que un minero borracho.



Sobrevolar las montañas rocosas es un auténtico espectáculo, montañas impresionantes recubiertas de nieve, y sus valles repletos de impetuosos ríos y bosques milenarios. El avión aterrizó suavemente en el aeropuerto de Whitehorse, en el valle de Yukón. El aeropuerto está situado en un páramo por encima de la ciudad, donde se puede apreciar la inmensa extensión del valle despoblado y las salvajes montañas que lo rodean, es el territorio del oso grizzley y del lobo, aquí te das cuenta de lo realmente duro que puede ser vivir en un lugar así.

En el territorio del Yukón vive tan poca gente (44.000 habitantes) que no llega a la categoría de provincia. Sin embargo tiene alrededor de 300 bueyes almizcleros, 1.300 bisontes, 1.500 cabras montesas blancas, 1.500 osos polares, 5.000 lobos, 7.000 osos grizzlies, 10.000 osos negros, 70.000 alces y 240.000 ciervos. Con este censo tan salvaje se te quitan inmediatamente las ganas de salir de picnic al campo.

Nada más bajar del avión note el descenso de temperatura, en pleno mes de julio estábamos a 14 grados. El aeropuerto no estaba lejos de la ciudad pero había un autobús que pasaba cada hora y a él me subí, el conductor era un *sij* con su turbante. Hay que mencionar que en este país, especialmente en el oeste, hay mucha inmigración de la india y los *sij*s andan alegremente por todas partes con su tocado en la cabeza y algunos con un puñal tradicional a la cintura. El conductor me saludó muy amablemente y los pocos pasajeros, todos de las Primeras Naciones, me miraron con cara de aburrimiento; aquí no había turistas. La ciudad de Whitehorse es una larga calle con el triste nombre de 2ª Avenida, de edificios bajos tipo far-west, incluyendo un MacDonald, el clásico supermercado, algunos hoteles, pocos restaurantes, pero sobre todo muchas tiendas de licor ubicadas a ambos lados de la calle. Circulaba un gran número de camionetas, algún camión y ningún peatón. Al Yukón se viene a trabajar o a que te coma un oso; no hay más. Teniendo en cuenta que la temperatura en invierno llega a los -40 C, las personas son muy corteses cuando entablas cualquier tipo de diálogo. En todos los establecimientos me cruzaba con gente muy joven que había venido al norte para cambiar de aires y a trabajar en lo que fuera. Aquí lo que falta es gente.

Bajé del autobús y caminando un rato llegué a mi albergue, el único de la ciudad. Era pequeño y estaba al completo; por suerte yo tenía una cama reservada. Había tantos huéspedes que algunos llegados a última hora dormían en el suelo, sin embargo el ambiente era bueno. Los viajeros que deciden venir al norte son expertos que se acomodaban a cualquier situación y todo le parece bien. Enseguida entablé conversación con un francés, un joven estudiante de ingeniería con el pelo rubio, se llamaba Pierre, había salido de Francia hacía cuatro meses. Llegó en avión a Nueva York, visitó a un amigo y viajó en solitario lentamente por la costa al sur, a Nueva Orleans, luego volvió al norte a Chicago y siguió por todo el Canadá hasta llegar al Yukón, haciendo auto-stop todo el camino. Era un muchacho muy tranquilo y estaba siempre sonriendo. Le pregunté si había

tenido algún percance, y me respondió: “Todos mis amigos y familiares dicen que estoy loco pero yo no he tenido ningún problema con nadie, todos los conductores que me recogieron me trataron bien. Aunque tengo un fuerte acento francés me desenvuelvo bastante bien en inglés, yo les contaba historias de Francia y Europa, esto les divertía mucho y les caía simpático”.



El transbordador SS Klondike, en el río Yukon

Whitehorse es una ciudad de 28.000 habitantes situada a orillas del río Yukón. Hablar de los orígenes de este lugar es hablar de la fiebre del oro. La ciudad se fundó en 1897, cuando se descubrió el oro del río Klondike, concretamente en “Bonanza Creek”, afluente del Yukón. En el año 1900, en plena época del oro, el pueblo llegó a tener varios almacenes, seis grandes hoteles y tres iglesias. El nombre “caballo blanco” viene dado por los rápidos que se forman a pocos kilómetros río arriba del pueblo. Los indios decían que las olas blancas de los rápidos semejaban a las crines de caballos blancos cabalgando a todo galope por el río. La única forma de llegar hasta el Klondike era navegar río abajo y en Whitehorse se construyeron los primeros astilleros para fabricar las barcas y barcos a vapor capaces de navegar en este poderoso río. Prueba de ello es el vapor SS Klondike II, de 64 metros de eslora que se salvó de ir a la chatarra en 1967 y ahora es un museo a la orilla de río. Todavía hay mucho oro en el Yukón y Alaska pero ya no es tan fácil encontrarlo y extraerlo, todo está controlado por las grandes compañías mineras y por el gobierno.

Con la construcción de la carretera ya no hay barcos que naveguen por este río tan peligroso, sin embargo todavía hay deportistas intrépidos que se arriesgan a bajar hasta Dawson City en canoa. Dawson, situada junto al río Klondike, queda a más de 500 km. La navegación es veloz por llevar la corriente a favor pero hay tramos muy rápidos y el riesgo de volcar es alto. Me encontré con un grupo de alemanes que habían venido de vacaciones para bajar por el río, y me dijeron: “Este año el invierno ha sido muy largo y el deshielo se ha iniciado tarde, el río está demasiado alto y baja muy fuerte. Nosotros no tenemos miedo a la corriente pero el problema es que todas las playas e islas donde montar el campamento todavía están bajo el agua y no hay buenos lugares para desembarcar. Montar el campamento en el bosque con los osos y los mosquitos no es una buena idea. Volveremos el año próximo”.

El río a la altura de Whitehorse tiene un sendero de varios kilómetros para el deleite de los paseantes, desde allí pude admirar la potencia de este río de 3.200 kilómetros que pasa por Alaska

y desemboca en el mar de Bering. Hasta aquí llegan algunos salmones aunque no como antaño porque en el año 1956 se construyó una presa río arriba que produce electricidad para la región. Se ha levantado un canal lateral con escalones para el remonte de dichos peces pero cada año los salmones escasean más. Es muy triste, a cualquier lugar donde llega la civilización moderna el ecosistema sufre.

La historia del Klondike está ligada a la avalancha de buscadores de oro que llegaron al Yukón a partir de 1896. En esa época no había carreteras y el método más práctico para viajar era por barco. ¿Cómo llegaban los buscadores de oro a Whitehorse, que se encuentra entre las montañas a una altitud de 640 metros y actualmente a 180 kilómetros por carretera desde la costa? La respuesta es: “¡Pasándolas canutas!” Los barcos de pasaje llegaban a la costa de Alaska, al pequeño pueblo de Skagway. Los mineros aquí tenían que, obligatoriamente, comprar todo el material específico, la comida para pasar todo un año y subirlo por la montaña siguiendo un camino de cabras llamado “Chilkoot Pass” a una altura de 1.067 metros durante 53 kilómetros. La frontera está en lo alto de la montaña y las autoridades canadienses no dejaban entrar a nadie que no llevase 500 kg de comida para no morir de hambre en el invierno. Todo esto había que subirlo a las espaldas durante numerosos trayectos o pagar a alguien que lo hiciese. Un año más tarde se abrió otro camino más largo y más ancho, llamado “White Pass” por donde se podía circular en carreta y caballos, pero tampoco era fácil y dicha ruta estaba llena de forajidos. En 1900 se construyó en este paso una vía de tren uniendo Skagway con Whitehorse y en 1978 se terminó de construir la carretera “Klondike Highway” de 713 km que une Skagway con Dawson.

Una vez arriba de la montaña todavía les faltaban otros 130 kilómetros; aquí utilizaban los lagos que alimentan al río Yukón: el lago Lindeman, Bennet, Tagish y Marsh. Los mineros debían construir balsas y llevar todo su material hasta la cabecera del Yukón en el lago Marsh. Para realizar todo el trayecto desde la costa de Alaska hasta Whitehorse los intrépidos viajeros tardaban unos tres o cuatro meses.

El más famoso buscador del Klondike que nunca halló oro pero se nutrió de buenas historias fue el escritor Jack London, él hizo todo el penoso trayecto, cayendo enfermo de escorbuto durante el invierno, viviendo el sufrimiento y escuchando las miserias de cientos de hombres nublados por la fiebre del oro como él.

Y así, tras leer en mi adolescencia “Llamada de lo Salvaje”, “los Cuentos del Gran Norte” o “el Lobo de Mar”, por culpa de Jack London estaba yo aquí en el Yukón.



Ferrocarril de Whitepass que une el Yukon con Alaska

Yo no me podía quedar quieto en Whitehorse, tenía que bajar por el paso de White Pass y llegar hasta Alaska como fuera. Mi idea original era tomar el tren, aunque ahora es un tren turístico para los pudientes americanos que llegan por cientos en crucero a Skagway, estos suben hasta lo alto de la montaña para tomar fotos y sentirse aventureros del oro durante tres horas. Tristemente por el Covid las autoridades canadienses requerían el certificado completo de vacunación y la mayoría de los americanos carecía de él, con lo cual este año el tren no cruzaba la frontera hacia el Canadá. Tampoco había autobús y alquilar un coche en Whitehorse en verano era imposible.

Contacté con una agencia de viajes local y conseguí que organizara una excursión privada con otra persona, aquí hay tan pocos turistas que tuve mucha suerte que apareciera otra persona interesada en hacer lo mismo. A la mañana siguiente apareció un coche con el conductor y una señora que había venido desde Vancouver a visitar a su marido que trabajaba en la zona. Para mi sorpresa el conductor no era autóctono de las Primeras Naciones, era japonés y se llamaba Tuki. Fuimos tranquilamente hacia el sur por una carretera casi desierta deteniéndonos en los mejores miradores para tomar fotos siguiendo la Klondike Highway, parando en los innumerables lagos, divisando las inmensas cordilleras... hasta cruzar la frontera y bajar el puerto hacia la costa de Alaska.

Skagway es un pequeño pueblo turístico de 1.000 habitantes que viven del turismo y desaparecen en invierno emigrando al sur de los Estados Unidos. El pueblo tiene solo una calle con las casas de madera al igual que los pueblos de las películas de vaqueros, con sus hoteles, tiendas de "souvenirs", restaurantes, cafés a ambos lados. Lo que más me sorprendió es que en la misma calle había cinco joyerías seguidas con vendedores que parecían actores de Hollywood anunciando ofrecer el autentico oro de Alaska. Ese día había solamente un barco crucero en el puerto y no se veían muchos turistas ávidos de comprar recuerdos y camisetas. Me detuve delante de una joyería y rápidamente un señor vestido con un impecable traje y turbante sij salió de la tienda para invitarme a entrar. Debía de estar muy aburrido, pues me instigó a comprar sus joyas. Sonreí y decliné amablemente su ofrecimiento, incluso estuve a punto de insinuarle: "¿Tengo yo cara de comprar hoy un anillo de oro para mi novia?". Pregunté a nuestro conductor japonés si estas joyerías vendían algo y me contestó: "Sí, aquí no se pagan impuestos, los turistas de los cruceros compran todo. En invierno todas las tiendas cierran y los vendedores se largan al Caribe, a otras joyerías que tienen en las Islas Vírgenes; siempre persiguiendo al adinerado jubilado americano"



Frank Reid, murió defendiendo la ley



Soapy Smith, nadie lloró su muerte

De la época gloriosa de la búsqueda del oro ya no queda nada, nadie se acuerda de aquellos hombres y mujeres audaces que lo dejaban todo para unirse a la fiebre del oro. Sin embargo todavía permanece algo nostálgico, es el viejo cementerio a las afueras de la ciudad. Entre las tumbas medio abandonadas de aquella época existían dos que destacaban. La más alta, un monolito de tres metros era de Frank H. Reid y a su derecha una tumba pequeña, sin gracia, era de Jefferson R. Smith. Los dos hombres murieron casi el mismo día en 1898, en plena fiebre del oro. Jeff Smith, conocido como Soapy Smith, era el jefe de una banda de delincuentes dedicados a robar y matar a cualquier buscador de oro despistado. Los habitantes de Skagway aterrizados no se atrevían a oponerse a estos individuos sanguinarios hasta que llegó Frank Reid y se enfrentó a Soapy, cara a cara en un duelo. No está claro quién disparó primero pero Soapy murió al instante con un tiro en el corazón y Frank Reid unos días después. En la historia de los Estados Unidos siempre ha de haber algún tiroteo famoso.

Y así, paseando por el cementerio, terminó mi estancia en Skagway intentando revivir las aventuras de Jack London. Por la tarde iniciamos el viaje de vuelta subiendo la montaña de nuevo y entrando otra vez al Canadá pasando por una frontera casi inexistente con solo dos policías. A la vuelta vimos un gran alce atravesando la carretera pero ninguna señal de osos.



Skagway, Alaska. Comienzo de la ruta del oro

Después de una semana en Whitehorse viendo montañas, ríos, espacios inmensos, poca gente y ningún oso mi nivel de naturaleza estaba repleto y necesitaba volver a la civilización. Esta vez quería atravesar el país lo más rápido posible, por lo que tomé un vuelo a Québec, recorriendo 4.300 kilómetros en pocas horas para tener mi último contacto con la sociedad de dicha ciudad. Québec City es la capital de la provincia. Fundada en 1608 es la segunda ciudad más antigua del país por detrás de St. John's en Terranova, erigida en 1497 por los balleneros vascos. Nada más llegar a la ciudad se observa la influencia francesa en todas las construcciones al estilo arquitectónico francés del siglo XVII con sus tejados elevados y forrados de hierro galvanizado brillante. Me parecía estar en La Rochelle o cualquier otro lugar turístico de la costa bretona francesa. Aquí ya nadie habla inglés y todos los carteles y anuncios están en francés. En verano la ciudad se convierte en un auténtico parque temático, siendo la segunda ciudad más visitada después de Toronto. Las estrechas calles de adoquines y edificios de piedra tallada a la vieja usanza atraen a los curiosos norteamericanos ávidos de palpar algo que emane historia. Todo está dispuesto para sacarle dinero al turista; hoteles elegantes con aire colonial y refinados restaurantes con terrazas donde los clientes lucen sus mejores galas. Una urbe sofisticada para gente que presume de ello.

Cuando llegué la ciudad se encontraba al completo, el Papa la había visitado unos días atrás para pedir perdón por los errores cometidos por la Iglesia Católica a causa de la terrible evangelización y educación de las tribus autóctonas, y por tal visita la ciudad rebosaba de celebración

Es un enclave muy significativo porque Québec está situada sobre un acantilado que mira hacia el lugar más estrecho del río San Lorenzo, de hecho la palabra “quebec” en lengua nativa Algonquin significa “donde el río se estrecha”, fundada por el francés Samuel de Champlain, enviado por el Cardinal Richelieu. Está ubicada en un lugar estratégico que en su día se amuralló para protegerse primero de los indios, luego, aunque infructuosamente, de los ingleses y finalmente de los “yankees” que también quisieron conquistarla en 1775.

Los franceses lograron defenderse de los indios pero finalmente fueron invadidos por los ingleses en 1759 durante la guerra de los Siete Años y Francia perdió sus dominios en el Canadá; excepto las dos pequeñas islas en el golfo de San Lorenzo conocidas como Saint-Pierre y Miquelón. Desde esa fecha todo el país cayó en manos del imperio Británico pero los *Québécois* nunca abandonaron el catolicismo y mantuvieron su lengua viva. Se calcula que en la provincia de Québec viven 8.6 millones de personas de los cuales 6.7 millones hablan francés. No está mal después de cuatrocientos años; el Cardinal Richelieu y los Tres Mosqueteros estarán orgullosos de sus primos de ultramar.

Tanta historia militar y tanta edificación religiosa ha creado una bonita ciudad con una magnífica fortaleza, numerosas iglesias, conventos, hospitales religiosos, parques magníficos y la primera universidad el país. Para añadir más glamur a la ciudad, en 1893 la compañía ferroviaria Canadian Pacific Railways decidió construir un hotel fastuoso al mejor estilo “Castillos del Loira” en lo alto de la ciudad. Desde entonces el Château Frontenac es el símbolo visual de la villa. Justo aquí se reunieron dos veces los mandatarios de los países aliados durante la Segunda Guerra Mundial para organizar la célebre invasión de Normandía.

Dos semanas permanecí en la ciudad paseando por sus calles empedradas visitando museos y empapándome de la corta historia de este país. Sin embargo es triste ver como en estas tierras antes de los franceses e ingleses vivieron pueblos autóctonos con una cultura milenaria que prácticamente ha desaparecido. Los colonos aprendieron de ellos muchas cosas sobre agricultura y supervivencia en los bosques pero su forma ancestral de contemplar el mundo y relacionarse con la naturaleza ha desaparecido para siempre.



La villa de Quebec, vigilando la entrada al país por el río San Lorenzo

El Canadá es un país salvaje donde todo es grande y majestuoso, se respira juventud e inocencia en sus gentes, todo ello rodeado por un paisaje impoluto repleto de naturaleza. Si uno mira hacia sus vecinos americanos del sur con sus 330 millones de habitantes junto con toda la transformación realizada en su cercano territorio durante cuatrocientos años, el futuro canadiense no puede ser nada halagüeño.

Fletcher.

